

RAMIRO BEJARANO GUZMÁN

## NOTAS DE BUHARDILLA

## En cuerpo ajeno

**I**NCREÍBLE PERO CIERTO. EN EL GOBIERNO guerrillista, en el que se suponía que el complejo oficio de la milicia funcionaría a las mil maravillas, pasó lo que nadie imaginaba. Una crisis sin precedentes en la cúpula del Ejército, ventilada además con locuacidad en todos los medios por sus protagonistas, mientras guardaban estratégico silencio los Uribe: el Presidente y su Ministro de Defensa.

El espectáculo al que hemos asistido por causa de unos generales en trance de sublevación, nos horroriza a los demócratas. Si el presidente militarista no ha sido capaz de poner orden en los cuarteles, eso podría indicar que en las filas de la soldadesca se está incubando un movimiento de incalculables y peligrosos alcances, o que no es verosímil el inflamado y patrioterico discurso de que vamos ganando la guerra. Ambas cosas, serían desgraciadas.

Lo que causa sorpresa, es el hecho de que la discusión se haya centrado en hablar bien o mal del Ministro de Defensa y del comandante de las Fuerzas Militares, como si detrás de sus desaciertos ostensibles en el manejo de las tropas, no estuviese el Presidente de la República. Hasta uno de los generales guillotinado, sostuvo la risible teoría de que "el general Ospina y el Ministro de Defensa engañaron al Presidente". ¿Ingenuidad o cutillo? Se necesita no conocer bien al Jefe de Estado, o tenerle profundo temor reverencial, para pretender exonerarlo, utilizando el artificio de sostener que alguien pudo embaucarlo y más en temas de organización castrense, cuando, por el contrario, somos más los burlados con el cuento clásico de buscar el ahogado arriba del río.

¿Alguien cree la fantástica historia de que el ministro Uribe se soltó de lengua contra Venezuela, por sí y ante sí? Si así fuera, lo habrían botado al igual que los generales despedidos, pero no, lo dejaron, porque cumplió bien el encargo. A lo mejor, lo único de su exclusiva autoría, sea la propuesta para que los agregados militares en nuestras embajadas sean doctos y políglotas, no importa que resulten más competentes que algunos de los embajadores, ministros consejeros, cónsules, que este cuatrienio premió por cuenta de la inmediata reelección presidencial o por sus ancestros arrieros.

Atribuirle la culpa de todos los males al titular de la cartera de la Defensa, más que no querer ver el problema, es no estar dispuesto a solucionarlo. Jorge Alberto Uribe, no sólo se ha camuflado de soldado, sino de ministro, porque quien ha ejercido sus funciones, ha sido el otro Uribe, el presidente-candidato, quien también se adueñó del quepis del general Ospina, cuyo merecido prestigio está amenazado, por permitirlo todo con tal de quedarse en el cargo.

Para nadie es un misterio que la razón por la cual el primer mandatario se siente a gusto con sus desgastados y desconocidos ministros, es porque no hay uno solo que sea capaz de sugerirle la posibilidad de que esté equivocado, o siquiera insinuarle opinión diferente a la suya. El Presidente lo es todo, y como el Rey Sol, puede decir "el Estado soy yo", sin faltar a la verdad.

Ese estilito de tono imperialista y ególatra no está funcionando bien en las brigadas, donde ya son numerosas las voces discrepantes y hasta incrédulas de la sapiencia presidencial. El enredo, pues, no terminó echando a la calle a cuatro generales, que quedaron tan ardidos como seguramente lo estarán los coroneles, mayores, capitanes y tenientes, que de la noche a la mañana vieron decapitar a sus amados y respetados superiores. ¡Amanecerá y veremos!